

sagrado su vida entera á una mujer, que por ella ha arrostrado los mayores peligros para ofrecerle una posición ventajosa, un nombre esclarecido, al volver á su lado acariciando la dulce esperanza de hallar el premio de tantos sacrificios, se encuentra con el objeto de su amor, en tanto que se desvelaba por proporcionarle un porvenir venturoso, se entrega á criminales pasiones, y es por su liviana conducta el escándalo de todo el mundo.

—Os pido por lo más sagrado que me escuchéis, que no os fieis en las apariencias, que la fatalidad, y no otra cosa, ha hecho aparecer criminal á la que es pura y á la que en todo tiempo sólo ha pensado en vos.

—Basta, señora... No os molesteis, porque no hay quien me convenza de lo contrario de lo que yo veo.

Y sin despedirse siquiera de Laura, dirigiendo una mirada de desprecio á su prometida, que aun no había vuelto en sí, salió de la habitación y se encaminó á la posada con intención de averiguar el paradero de Gilito, vengar en él la ira que le dominaba, toda vez que por su causa era el más desgraciado de los hombres, y abandonar despues el pueblo para no volverse á acordar jamás de Carlota.

Capítulo XLIII.

Amor, sublime amor.

Laura no se consolaba, no podía consolarse del fatal desenlace que había tenido para Carlota la generosidad con que esta había salvado su reputación.

—¡Ah!—se decía, vertiendo abundantes lágrimas.—Aunque indirectamente, yo soy la causa de que sean desgraciados dos corazones que habían nacido para amarse. He sido una egoísta al admitir el sacrificio que ha llevado á cabo mi prima. Y lo peor es que no se me ocurre el medio de destruir las sospechas que ha concebido Pedro de Alvarado.

Pero es posible, señor,—añadía con desesperación, elevando sus ojos al cielo;—es posible que permitais que por un miserable, que no debía sino agra-

decimiento, padezcan dos seres que debían ser tan felices?

Así reflexionaba la viuda de Garay cuando Carlota volvió de su paroxismo.

Pasándose la mano por la frente, y tratando de reconocer la habitacion, pronunció la frase sacramental:

—¿Dónde estoy?

—Estás en tu casa, mi querida Carlota, al lado de tu prima que daría su vida por verte feliz.

—¡Ay! No sabes lo que he sufrido. Dormía sin duda, y una terrible pesadilla me ha hecho estremecer. Veía á Pedro de Alvarado, y al ir á arrojarme en sus brazos con la alegría natural que me había producido su llegada, él me rechazaba, diciéndome que no era digna de su cariño... Pero nada de eso ha sucedido, ¿no es cierto? Alvarado conoce mi virtud, y si viene algun día sabrá que la mujer que ha despreciado á los caballeros más principales guarda en su pecho un tesoro de amor para ofrecérsele si llega á ser su esposa.

Laura padecía lo que no es decible al escuchar las palabras de Carlota, porque revelaban la honda pena que habían producido en ellas las recriminaciones de Alvarado.

Conocía, sin embargo, por la vehemencia con que se había expresado el valiente capitán, que amaba con delirio á Carlota, y que si se había permitido frases inconvenientes, era porque los celos y la duda se habían apoderado de su alma.

Creyó, pues, que era preciso tomar una resolución extrema, y jugando el todo por el todo, dijo á Carlota

—Mi querida prima, no ha sido sueño lo que tanta pena te ha causado.

—¿Qué dices?

—El hombre á quien adoras ha venido efectivamente, y al creerte culpable ha abandonado esta casa en medio de la mayor desesperacion.

—¿Con que he perdido la única esperanza que me hacia apreciar la vida?

—De ningun modo; yo, que he sido la verdadera causa, puesto que por salvar mi honor he comprometido el tuyo, al tratar de explicarle tu generosa conducta he comprendido que, si no queria escucharme, es por que en el fondo de su alma no abrigaba rencor hácia tí, y temia ser vencido. Su impetuoso carácter le ha hecho separarse de nosotras; pero tengo la seguridad de que no tardará en venir á pedirte perdon.

—¡Ah! Bien se vé que no le conoceis. El hombre que al creer en otro tiempo que yo iba á enlazarme con su rival tuvo valor para emprender el viaje á las Indias, figúrate si tendrá carácter para sostenerse en su resolución.

—Estás equivocada, mi querida prima; el hombre que quiere verdaderamente no tiene voluntad propia.

—¡Pluguiera á Dios que así fuera! Yo me arrojaría á sus piés, le haría ver mi inocencia, y aunque no fuera su esposa, tendría al ménos la tranquilidad

que de otro modo no podré disfrutar... Si, voy á dar ese paso; no hay humillacion en él, porque yo voy á patentizar mi virtud, á defender mi calumniada reputacion.

Como se vé, Carlota se engañaba á sí propia, porque la verdad era que amaba con delirio á Pedro de Alvarado, y trataba á toda costa de que él correspondiese á su amor.

Mucho sentia Laura que tuviese que dar aquel paso su prima; pero no se le ocultaba que era el único medio de poder reconciliarse con su amante.

La vinda de Garay queria acompañar á Carlota á aquella entrevista; pero no tardó en comprender la conveniencia de que sólo fuese con ella un escudero.

La amada de Alvarado, seguida de Robreño, que así se llamaba el criado, se dirigió á la posada en donde se hospedaba el bravo capitán.

Por el camino, Carlota confió á su acompañante la necesidad de que el posadero la proporcionase una entrevista con Alvarado, y dió á Robreño un bolsillo lleno de oro para vencer su repugnancia.

—Ahí tienes cien doblas,—le dijo;—emplea las que hagan falta para conseguir el objeto que me propongo, y guarda el resto.

—Pronto estareis servida señora; y si me dais permiso, ahora mismo voy á poner en ejecucion vuestras órdenes.

—Vé, que yo aquí espero.

Robreño atravesó la pequeña distancia que le separaba de la posada, y penetró en ella.

—A la paz de Dios,—dijo;—venga inmediatamente un jarro de lo añejo.

Y aunque el posadero se disponia á servirle:

—Prontito,—añadió,—que tengo prisa.

—Pues no trae pocos humos el soldado.

—Los traigo porque puedo.

—Es que á mí, señor valenton, no me alza nadie el gallo,—exclamó el posadero con acento de reconvenccion.

Robreño por toda contestacion sacó cinco doblas, y mostrándoselas á su interlocutor:

—Dejad esos bríos para otra ocasion, si es que quereis entablar relaciones amistosas con estas damas.

La codicia se pintó en los ojos del posadero, y esforzándose en aparecer amable:

—¿Pero habeis creido,—añadió,—que me habia incomodado? ¿Qué disparate? Demasiado conocia yo que estábais de buen humor, y queria seguir la broma.

—Vaya, vaya; ya veo que sois un peje de primera, y por lo tanto, marchemos de frente al asunto.

—Sea lo que gusteis.

—¿Deseais estrechar relaciones con estas medallas?

—Hombre, eso no se pregunta. Y no vayais á creer que es por ambicion, sino como un tributo de respeto al monarca. Está tan precisado su busto...

—Ya os entiendo... Pero abreviemos. Vais á contestarme unas cuantas preguntas.

—Empezad, y haced cuenta que soy un catecismo.

—¿Ayer llegó aquí un caballero, que alojásteis en vuestra casa?

—Precisamente.

—¿Y aun permanece en ella?

—Sí, y por cierto dado á todos los diablos, ¡Par-diez, que el tal caballero es estravagante si los hay! Ha venido sólo, sin traer siquiera un escudero, y como al llegar parecia tan amable, al verle luego tan sério traté de inquirir la causa.

»—¿Estais malo?...—le pregunté.—Si necesitais algo...

»No me dejó terminar la frase.

»—Estoy dado á los diablos,—contestó,—y lo único que necesito es que me dejéis solo.

»Cuando llegó la hora de cenar me presenté con lo que habia mandado preparar, y estrellando los cacharros en el suelo:

»—He dicho que no queria nada.

»Reflexionó sin duda lo mal que habia hecho, y poniendo en mis manos unas cuantas doblas:

»—Cobrad el desperfecto y dispensadme, porque estoy medio loco.

»A la verdad que debe estar tocado de la cabeza. Cuando se pierden las ganas de comer es un síntoma muy alarmante.

—Pues ved lo que son las cosas, vos mismo vais á curarle.

—¿Es posible?

—Lo que oís.

—Pero yo, ¿qué tengo que hacer?

—Poca cosa; guardar estas seis doblas y procurad que una persona que tiene interés en ello penetre en su habitacion.

—Nada más fácil; precisamente la puerta está entornada... Pero segun voy sospechando, se trata de mal de amores, y quizás alguna dama es la que vá á curar á mi huesped.

—Se trata... de lo que se trata. Pero es preciso que seais mudo y ciego.

Y al terminar estas palabras, puso en manos del posadero otras dos doblas.

—¿Qué no haré yo por complaceros?

—No hay tiempo que perder. Yo volveré dentro de poco, y vos os retirareis cuando yo me presente. Pero antes enseñadme dónde está la habitacion del caballero.

Así lo hizo en efecto, y Robreño se retiró, felicitándose del buen éxito de su mision, y lo que es más, de lo productiva que para él habia sido.

Un instante despues, seguido de Carlota, penetraba en la posada.

La apasionada dama subia á la habitacion de Alvarado, y Robreño se quedaba al lado del posadero, invitándole á jugar una partida de dados.

Como hemos dicho antes, la puerta de la estancia en donde se hallaba Pedro de Alvarado estaba entreabierta, y empujándola suavemente Carlota, se encontró en presencia de su amante.

Arrojándose á sus piés y descubriendo su rostro:

—No me juzgueis sin oírme, Pedro; si he podido aparecer culpable á tus ojos, pronto te convencerás de mi inocencia.

—¿Cómo es posible que justifiques tu conducta? ¡Ah! Mi vida daría porque lograras desvanecer la pena que me domina.

—Pues préstame atención, que mi corazón me dice que he de llevar el convencimiento á tu ánimo.

Cierto es que las apariencias me condenan. Efectivamente Gilito, ese jorobado libertino, ha pasado la noche en mi habitación.

—¿Y tú lo confiesas? ¿Y para esto has venido? Huye, huye de mi lado, si no quieres que olvidándome de que eres mujer, te dé el castigo que merece tu conducta.

—Cálmate, y escucha hasta el fin.

Si Gilito se hallaba en mi cuarto, es por que quise salvar el honor de mi prima.

Habiase visto sorprendida por la aparición del seductor, y yo, que creía perdido tu amor, que no tenía noticias tuyas, que me creía abandonada, me dije:

»—¿Qué me importa ser blanco de los tiros de la maledicencia, si para mí no ha de haber ya felicidad?

Salvemos á Laura, y que el mundo crea que Gilito ha venido á buscarme á mí. Laura apagó la luz, se retiró á otra habitación, y Gilito pasó á la mía.

—Pero eso es inverosímil. ¿Cómo ha podido el

jorobado penetrar en la casa á deshora sin anuencia tuya ó de Laura?

—Engañando á una dueña, á doña Transfiguración, haciéndole creer que la amaba. En el momento de abrirle la puerta la obligó á aspirar un narcótico, y perdió el sentido. Aprovechándose de su letargo, penetró en la habitación de mi prima, y lo demás ya lo sabes.

—¿Y quién me dice que no es una fábula toda esa historia?

—Te juro que es cierto cuanto te digo; lo juro por tu vida, que es lo que más aprecio en el mundo.

—Aunque fuera cierto lo que dices, nosotros ya no podríamos ser felices. A los ojos del mundo estás deshonrada, y yo no podría casarme contigo.

—Dí que no me quieres, que no me has querido nunca; de otro modo despreciarías á la maledicencia, como yo la desprecio. ¿Qué vale el mundo entero ante mi conciencia, que me dice que soy honrada?

Alvarado reflexionó un instante, durante el cual se le ocurrió una idea luminosa,

—Sólo de una manera te perdonaré,—exclamó.

—Habla.

—¿Es verdad que me amas, que no tienes mas cariño ni más esperanza en el mundo?

—¿Puedes dudar?

—¿Y harás todo lo que yo te mande?

—Soy tu esclava.

—Pues bien; en ese vaso,—dijo, señalando á uno que habia encima de una mesa,—desesperado al creerte infiel, eché un veneno para á cabar con mi existencia. ¿Tienes valor para beberlo como yo, y morir conmigo?

—Sí.

—Pues bebamos.

Carlota cogió el vaso y bebió con avidez la mitad de su contenido.

Alvarado apuró el resto, y continuó:

—Vamos á morir; confiesa la verdad.

—Te repito lo que he dicho antes. Si he aceptado el sacrificio de salvar á mi prima, es por que me creia abandonada, y queria la deshonra y la muerte. Mucho te agradezco el que abrevies mis dias, porque ya no habria felicidad para nosotros.

—Sí, Carlota: seremos muy felices, porque estoy convencido de tu inocencia. Ven á mis brazos, y deja que te estreche contra mi corazon. Tranquilizate, bien mio: en ese vaso no habia veneno: ha sido un ardido de que me he valido para ver si salias triunfante de esta prueba. Perdóname por haber dudado de tí.

La alegría renació de nuevo en los amantes, y Alvarado, que adoraba con delirio á Carlota, no pensó desde aquel momento más que de realizar su deseado enlace.

Convinieron en que el casamiento se efectuara en Valladolid, y allí se dirigió Pedro Alvarado para activar los preparativos.

Carlota y su prima salieron un dia despues con direccion á dicha ciudad, y quince dias más tarde se celebraba la boda.

Dejemos á los esposos entregados á la luna de miel, y trasladémonos á Méjico para saber qué ocurría en la ciuda imperial.

Capítulo XLIV.

Historia de cuatro funcionarios públicos.

De resultas de las negociaciones de Alvarado, envió el rey á Méjico algunos funcionarios para regularizar la administracion.

Nombró tesorero á Alonso de Estrada, factor á Gonzalo de Salazar, contador á Rodrigo de Albornoz y veedor á Peralmindez Cherino.

En breves líneas contaremos su historia.

Alonso de Estrada era natural de Ciudad-Real.

Su padre habia peleado por su rey y señor en Pavia, en Italia y contra los turcos, y agradecido el monarca, premió en el hijo los servicios que le habia prestado el padre.

En cuanto Estrada tuvo noticia del nombramiento

con que era agraciado, corrió á casa de los padres de una dama con quien sostenia relaciones amorosas.

María del Pilar Rui Perez, que así se llamaba su prometida, correspondia á su amor, y obtenida la licencia de los autores de sus dias, se efectuó el casamiento.

Apenas habian trascurrido dos semanas desde su enlace cuando partieron para las Indias.

Gonzalo de Salazar habia nacido en Granada.

Desde los primeros años habia demostrado una gran aficion á las armas, pero no le habia sido posible entrar al servicio del rey.

En aquella época de oscurantismo, el ejercicio de las armas estaba monopolizado por los nobles, y Salazar era plebeyo.

Andando el tiempo, encontró un dia un tesoro en la sierra de la Alpujarra, sin duda de los que escondieron los moriscos al ser expulsados de España.

Su hallazgo tuvo lugar precisamente en los momentos en que se proyectaba enviar algunos funcionarios á las Indias, y dirigiéndose á la córte, compró el oficio de factor en ocho mil ducados (D).

Ya estaba casado cuando obtuvo el nombramiento con Juana Gallardo y Fernandez.

Rodrigo de Albornoz era natural de Paradinas, é hijo de una de las familias más distinguidas y que de más privanza disfrutaban en la córte.

Por su influencia logró la plaza de contador, aunque hay quien cree que no fué extraña á su nombramiento la de su esposa doña Luisa Castroverde.

Finalmente, Peralmindez Cherino era nieto, por parte de padre, de uno de los que formaron parte de los caballeros templarios.

No tenía grandes bienes de fortuna; pero en cambio estaba emparentado con las casas más ilustres, y contaba con la amistad de muchas personas que influían poderosamente en el ánimo del monarca. Así es, que apenas mostró deseos de ser veedor de las Indias, vió realizados sus propósitos.

De su unión con María de la O Lanzagorta tenía una hermosa niña, que la habían puesto por nombre Blanca.

Tales eran los encargados por el rey para residenciar á Hernan Cortés.

Anton Perez, que como ya sabemos, era uno de los clérigos que habían ido á las Indias para propagar la religion cristiana, creyó que la amistad con los funcionarios que hemos nombrado anteriormente, podría ser de grandísima utilidad para la mision que verdaderamente le había llevado á él á aquellas lejanas tierras.

—Serán ambiciosos,—se dijo,—y si logro despertar en ellos la sospecha de que Hernan Cortés oculta tesoros, conseguiré desprestigiar al caudillo. Es preciso, pues, entablar relaciones con ellos. Si logro destruir al caudillo, mi protector el obispo Fonseca me recompensará espléndidamente.

Pedia á su imaginacion los medios de realizar e fin que se había propuesto, y las circunstancias le proporcionaron una ocasion favorable.

Supo que el contador Rodrigo de Albornoz había sostenido una acalorada discusion con Julian de Alderete, que desempeñaba cerca de Cortés las funciones de tesorero, por la inversion de sesenta mil castellanos.

Pero Alderete juraba que se habían gastado en servicio del emperador, y añadía que de lo que legítimamente correspondía á su jefe se habían invertido también más de cincuenta mil.

No daba mucho crédito á estas cuentas Albornoz; pero no tuvo más remedio que ceder.

Anton Perez procuró una entrevista con él, y abordando la cuestion, le dijo:

—Pláceme en extremo que haya venido á estas regiones una persona tan digna como vos, y que manifieste tanto celo por los intereses de nuestro monarca. A la verdad, que era ya una necesidad poner coto á los abusos que aquí se cometen, porque no es justo que mientras el Erario se halla exhausto, haya aquí quien atesore crecidas cantidades.

—Segun eso, ¿vos sabeis quién es el culpable?—dijo Albornoz.

—Permitidme que sólo os hable del pecado, y que oculté al pecador.

—Sin embargo, yo creo que, como fiel vasallo, y me complazco en reconocer esta cualidad, estais en el deber de comunicarme todo lo que sepais sobre el particular.

—Mi conciencia así me lo aconseja; pero mi carácter de sacerdote me prohíbe mezclarme en las co-

sas mundanas, y mucho ménos desempeñar el papel de delator.

—Ved que no es al sacerdote á quien yo ruego esa confesion, sino al amigo,—añadió Albornoz, estrechando la mano de su interlocutor.

—Habeis adivinado que soy débil, y ya no puedo ménos de ponerme á vuestras órdenes,—repuso hipócritamente Anton Perez.

—Vamos, decidme lo que sepais, y no dudeis que el servicio que prestéis hallará recompensa.

—Os he dicho antes que desprecio las cosas mundanas.

Sentiria que interpretáseis mi conducta por miras ambiciosas.

—De ningun modo.

—Pues en ese caso, habeis de saber que, segun de público se dice, Hernan Cortés atesora inmensas riquezas.

No solamente tiene en su poder, el tesoro de Motezuma, sino que antes de morir Guatimozin logró tambien que le entregara lo suyo.

Por otra parte, recibe todos los dias de las poblaciones aliadas oro, plata, cacao, perlas, plumajes y otras cosas de valor.

—Pues yo le juro que,—añadió Albornoz,—ó ha de presentarme todo eso para separar la parte que corresponde al monarca, ó de lo contrario he de mandar un parte á España para que se conozca su in calificable conducta.

—Habeis estrechado mi mano hace poco; me ha-

beis llamado amigo, y quiero saber si puedo envanecerme con este título.

—¿Podeis dudarle?

—Pues bien, en ese caso, permitidme que en nombre de nuestra amistad os pida una gracia,—dijo aparentando la mayor humildad y mansedumbre Anton Perez.

—Hablad.

—No acuseis á Hernan Cortés ante el emperador Carlos V.

Pudiera decaer su prestigio, y yo no me perdonaria jamás haber sido causa de su desgracia.

—Podeis estar tranquilo, porque si eso sucediera, no seria la culpa vuestra, sino del que habia abusado de la confianza de nuestro soberano.

Anton Perez se despidió de Rodrigo de Albornoz, y desde aquel dia ya le tuvo de su parte.

Cuando se halló solo:

—Hernan Cortés, que tan orgulloso está por haber salido triunfante en cien combates, no sabe que andando el tiempo será vencido por el que jamás ha probado su valor en la lucha.

Rodrigo de Albornoz, que habia creido cuanto le habia dicho el agente del obispo Fonseca, habló con Hernan Cortés, y al pedirle cuenta de los tesoros que ocultaba, y al recibir una respuesta negativa de su existencia, se decidió á escribir lo que pasaba al emperador Carlos V.

Este monarca mezquino y ambicioso, habia convenido con el contador en la cifra que debia usar

para los despachos, y de este modo se redactó la comunicación.

Albornoz formuló contra él un verdadero proceso, acusándole de avaro y desleal, y como no faltaban los descontentos al lado del caudillo, robustecieron con su apoyo las acusaciones del contador.

Capítulo XLV.

Ambiciones.

Envalentonados los descontentos con la llegada de los nuevos funcionarios, comenzaron á manifestar sus malas pasiones.

No hay para qué decir que Anton Perez fomentaba aquellas disensiones, porque se prometía sacar partido de ellas.

—Bien se vé,—les decia,—la injusticia que ha presidido en el repartimiento de terrenos, y á la verdad que no se comprende, siendo, segun creo, tan amigo de la equidad Hernan Cortés.

—No lo creais: unos cuantos de los que andan á su alrededor, de los que le adulan, son los que en todas ocasiones obtienen beneficios; y en cambio, los que continuamente hemos expuesto nuestra vida en